

Editorial

Escribir una editorial es una de las tareas más desafiantes para quien dirige una revista. Este es su espacio personal de encuentro con los lectores, en que intenta de algún modo dialogar con ellos y responder a sus inquietudes, aportando su pensamiento y su visión de la realidad. Siendo la nuestra una revista especializada, esta reflexión girará necesariamente en torno al trabajo social —aún cuando no esté siempre exclusivamente focalizada en él—, y desde esta perspectiva particular analizará la sociedad de la que formamos parte y sus instituciones.

En este número me parece importante plantear el tema de la Democracia. Este es el anhelo de Chile y sentimos que nos estamos acercando a ella. El país se encuentra viviendo un proceso claro de democratización, una de cuyas principales manifestaciones fue el plebiscito del 5 de octubre del presente año, en que se demostró la permanencia de la tradicional responsabilidad del pueblo chileno en el cumplimiento de sus deberes cívicos y su adhesión a la vía electoral para expresar su voluntad y dirimir sus conflictos.

Deseamos la democracia no sólo porque ella es parte de nuestras tradiciones más preciadas sino especialmente porque es la forma de vida social más coherente con la valoración que damos a la persona humana y a su dignidad. La Democracia es sin duda un espacio particularmente favorable para el ejercicio de la libertad y la responsabilidad, para la práctica de la participación, para el respeto de los Derechos Humanos.

Pero sabemos que no es fácil alcanzar ni mantener la Democracia. Esta es la experiencia de la gran mayoría de los países latinoamericanos y también nuestra experiencia como país. Sabemos que la Democracia no se logra mágicamente en un acto electoral, sino es un largo proceso que se va gestando colectivamente y cuya construcción es tarea y responsabilidad de todos los chilenos. Sabemos, finalmente, que esta tarea es difícil, que implica superar múltiples obstáculos y

que necesitamos valor y esperanza para no desanimarnos ante los peligros, las crisis y, con frecuencia, los retrocesos que se presentan en el camino.

De allí que, frente a esta gran tarea ciudadana, surja la pregunta ¿Qué puedo hacer yo para ayudar a construir la Democracia? y que lógicamente esta pregunta se extienda hacia la profesión ¿Qué puede hacer el trabajo social para promover la Democracia?.

Si bien existen múltiples formas en que los trabajadores sociales podemos intervenir al respecto, hoy quisiera destacar dos tareas que me parecen esenciales, las que se relacionan y refuerzan mutuamente.

La primera tarea es vivir la Democracia. En este aspecto, como en tantos otros, necesitamos autenticidad y consistencia. No podemos promover aquello que no somos. La gran exigencia es entonces superar el verbalismo y reflejar en nuestra vida cotidiana esos principios democráticos básicos de la aceptación, la autodeterminación, la participación y el respeto a la persona humana, que constituyen el núcleo básico de la práctica profesional en todo el mundo.

Todo asistente social adhiere a estos principios, pero ¿cuánta de esta adhesión se refleja realmente en nuestra práctica? ¿Estamos siendo realmente democráticos en nuestras actitudes, en nuestros servicios, en nuestros métodos, en los equipos de trabajo, en las instituciones, en las Escuelas de Trabajo Social, en los centros de alumnos, en nuestra organización gremial? ¿Estamos realmente respetando a las minorías, aceptando a los que piensan como nosotros? Este es el primer punto al que tendríamos que dar importancia.

La segunda tarea es educar para la democracia y se relaciona directamente con nuestro papel de educación social. Habiéndose vivido en el país un período prolongado al margen de la democracia, se han desarrollado entre nosotros determinadas prácticas y actitudes que deben ser cambiadas para permitir la expresión de los valores democráticos. Lo anterior sólo será posible a través de un amplio proceso educativo en el que los asistentes sociales podemos colaborar activamente promoviendo el desarrollo de conductas y prácticas democráticas entre las personas y grupos con los que trabajamos y en las instituciones que nos contratan. Lógicamente, no podemos enseñar lo que no conocemos ni practicamos de modo que esta tarea está directamente relacionada con la anterior y no puede darse sin ella.

Una consideración superficial podría estimar las tareas descritas como excesivamente modestas. A mi entender son, por el contrario, especialmente importantes porque a través de ellas se puede contribuir a dar solidez a un proceso particularmente delicado y frágil en acción educativa, que se ha demostrado como una herramienta especialmente importante para promover el cambio social.

La democratización es el principal de los procesos sociales que se están viviendo en el país. A través de estos procesos se está gestando un cambio histórico. Los trabajadores sociales, querámoslo o no, pero nuestra participación será muy diferente si nos dejamos arrastrar pasivamente por ellos a si contribuimos a influenciarlos para que sean más coherentes con los valores humanistas que postulamos.

¿En qué forma y a qué nivel se ejercerá esta influencia?. Dado que estamos hablando de una profesión, la forma será necesariamente profesional, desde lo que somos como profesión y valorándolo, con conocimientos, racionalidad y eficacia.

En cuanto al nivel, variará según las posibilidades que su propio trabajo proporcione al asistente social. En la práctica directa, el nivel será el de la educación a individuos, grupos y comunidades. En la práctica indirecta, el nivel será el de las organizaciones e instituciones. A nivel nacional, le corresponde una tarea importante de educación social al Colegio de Asistentes Sociales.

Finalmente debemos recordar que los procesos demandan tiempo y se desarrollan en etapas que no pueden ser saltadas sin poner en peligro el proceso mismo porque cada una se constituye sobre la base de la que precede. Podemos alcanzar en poco tiempo la democracia formal, pero la auténtica democracia sólo se logrará cuando cada chileno adhiera a ella no por imposición ni por presión sino a través de un proceso personal y social que lo lleve a comprometerse con sus valores y a expresarlos en su vida cotidiana.

Nidia Aylwin de Barros